

## EN LA INFANCIA

Elegir un buen libro, he ahí un problema. Un libro ha de deleitar, instruir y ser oportuno; estas tres condiciones son inseparables. Causa más estragos en el alma de un niño un mal libro, que una mala compañía. Amable lector y padre de familia, ¿has meditado alguna vez sobre este problema? Seguramente no; atareado con el cotidiano luchar por la existencia, al llegar a tu casa fatigado y observar a tu hijo, jovencuelo de doce años, abstraído en la lectura de un libro, no paras miente en ello o a lo más te limitas a leer el nombre del autor y el sugestivo título; desconoces sus páginas o tienes de su contenido un vago recuerdo y, por lo tanto, no puedes precisar sobre la oportunidad de su lectura; los problemas planteados en él, que años más tarde serían comprendidos en su justa realidad, pueden ser torcidamente interpretados y ejercer en el espíritu del niño, hasta en su mismo organismo un funesto perjuicio.

No hay saltos bruscos en la naturaleza, todo evoluciona por gradaciones sucesivas y lo mismo en la instrucción que en la lectura recreativa se ha de llevar un orden y este orden lo ha de marcar, no sólo la edad, sino el desarrollo físico e intelectual; dictar reglas generales en asunto tan delicado sería erróneo, por eso creo que es a los padres a quienes compete más la elección de lecturas para sus hijos.

En tiempos pasados un buen libro era caro, se prefería la egoísta adquisición de valores o una opípara comida, además su lectura era pecaminosa, fuera de los inocentes cuentos de Calleja, leer, siendo muy niño una obra de Pereda, por ejemplo, ya no nos lo toleraba el bibliotecario (histórico). En los tiempos modernos, los negocios editoriales, la propaganda, la rapidez de las comunicaciones y un aumento general de la cultura, hacen que el mercado esté invadido de novelas y obras recreativas muchas a precios muy asequibles, y es por eso que ahora más que nunca se ha de ser prudente para elegir un libro que reúna las tres condiciones de oportunidad, deleite e instrucción para tu hijo.

No esperes, lector amigo, que trate el asunto erótico; en esta misma Revista y en su número extraordinario 31, 32 y 33, dí mi opinión sobre este particular, la pornografía más o menos embozada y novelada, es una estupidez de la que se debe huir, por buen gusto. No es el novelista el que debe tratar ese problema, sino el médico y el padre.

Cuando el niño comienza a dominar la lectura, casi instintivamente le atrae leer aquello que no son los libros de estudio; empieza por los inocentes libros de cuentos, los cuales cumplen a la perfección el distraer, pero poca huella dejan en el espíritu del niño; no así una admirable colección lanzada al mercado por una casa editorial en cuyos volúmenes, se relatan en forma extractada historias de personajes célebres, hechos heroicos, poemas, obras clásicas, etc., que, además de la gran orientación cultural que logran, despiertan en el niño el amor a la verdad, a lo heroico, a su patria, a Dios.

Años más tarde, las lecturas de viajes exaltarán su fantasía, el conocimiento de los hechos de los grandes exploradores de los secretos de la humanidad, los hombres adornaban llevando una vida de heroísmo y sacrificio por el progreso y bien de la humanidad. Alternando con ellos se debe dar lugar preferente a los libros de arte, de su lectura pueden deducirse insospechadas aptitudes hasta entonces adormecidas en el niño: el arte eleva el espíritu, un buen artista es siempre un hombre de corazón.

El niño se va acercando a la adolescencia, sus conocimientos generales van adquiriendo una mayor amplitud, es el momento del perfeccionamiento del idioma patrio, la riqueza del mismo, si de un español se trata, justifica más esta medida; la lectura de los clásicos castellanos, cumplirá